

Tomás de Iriarte

Fábulas  
literarias



**E** LEJANDRIA

**Libro descargado en [www.elejandria.com](http://www.elejandria.com), tu sitio web de obras de  
dominio público  
¡Esperamos que lo disfrutéis!**

## **Fábulas literarias**

### **Tomás de Iriarte**

[Nota preliminar: Edición digital a partir de Colección de obras en verso y prosa de D. Tomás de Iriarte, T. I, Madrid, Impta. de Benito Cano, 1787 y Poetas líricos del siglo XVIII, ed. Leopoldo A. Cueto, BAE, LXIII, pp. 21-23, y cotejada con la edición crítica de Ángel Luis Prieto de Paula, Madrid, Cátedra, 1992.]

#### **Prólogo: El elefante y otros animales**

*Ningún particular debe ofenderse de lo que se dice en común*

Allá, en tiempo de entonces  
y en tierras muy remotas,  
cuando hablaban los brutos  
su cierta jerigonza,  
notó el sabio elefante  
que entre ellos era moda  
incurrir en abusos  
dignos de gran reforma.  
Afeárselos quiere  
y a este fin los convoca.  
Hace una reverencia  
a todos con la trompa  
y empieza a persuadirlos  
en una arenga docta  
que para aquel intento  
estudió de memoria.  
Abominando estuvo,  
por más de un cuarto de hora,  
mil ridículas faltas,  
mil costumbres viciosas:  
la nociva pereza,  
la afectada bambolla,  
la arrogante ignorancia,  
la envidia maliciosa.  
Gustosos en extremo  
y abriendo tanta boca,  
sus consejos oían  
muchos de aquella tropa:  
el cordero inocente,  
la siempre fiel paloma,  
el leal perdiguero,  
la abeja artificiosa,  
el caballo obediente,  
la hormiga afanadora,  
el hábil jilguerillo,  
la simple mariposa.  
Pero del auditorio

otra porción no corta,  
ofendida, no pudo  
sufrir tanta parola.  
El tigre, el rapaz lobo  
contra el censor se enojan.  
¡Qué de injurias vomita  
la sierpe venenosa!  
Murmuran por lo bajo,  
zumbando en voces roncadas,  
el zángano, la avispa,  
el tábano y la mosca.  
Sálense del concurso,  
por no escuchar sus glorias,  
el cigarrón dañino,  
la oruga y la langosta.  
La garduña se encoge,  
disimula la zorra,  
y el insolente mono  
hace de todo mofa.  
Estaba el elefante  
viéndolo con pachorra,  
y su razonamiento  
concluyó en esta forma:  
«A todos y a ninguno  
mis advertencias tocan:  
quien las siente, se culpa;  
el que no, que las oiga».

Quien mis fábulas lea,  
sepa también que todas  
hablan a mil naciones,  
no sólo a la española.  
Ni de estos tiempos hablan,  
porque defectos notan  
que hubo en el mundo siempre,  
como los hay ahora.  
Y, pues no vituperan  
señaladas personas,  
quien haga aplicaciones,  
con su pan se lo coma.

## **El gusano de seda y la araña**

*Se ha de considerar la calidad de la obra, y no el tiempo que se  
ha tardado en hacerla*

Trabajando un gusano su capullo,  
la araña, que tejía a toda prisa,  
de esta suerte le habló con falsa risa,  
muy propia de su orgullo:  
«¿Qué dice de mi tela el seor gusano?  
Esta mañana la empecé temprano,  
y ya estará acabada a mediodía.  
¡Mire qué sutil es, mire qué bella!...»  
El gusano, con sorna, respondía:  
«¡Usted tiene razón; así sale ella!»

## **El oso, la mona y el cerdo**

*Nunca una obra se acredita tanto de mala como cuando la  
aplauden los necios*

Un oso, con que la vida  
ganaba un piamontés,  
la no muy bien aprendida  
danza ensayaba en dos pies.

Queriendo hacer de persona,  
dijo a una mona: «¿Qué tal?»  
Era perita la mona,  
y respondióle: «Muy mal».

«Yo creo -replicó el oso-  
que me haces poco favor.  
Pues ¿qué?, ¿mi aire no es garboso?  
¿No hago el paso con primor?»

Estaba el cerdo presente,  
y dijo: «¡Bravo! ¡Bien va!  
Bailarín más excelente  
no se ha visto ni verá».

Echó el oso, al oír esto,  
sus cuentas allá entre sí,  
y con ademán modesto,  
hubo de exclamar así:

«Cuando me desaprobaba  
la mona, llegué a dudar;  
mas ya que el cerdo me alaba,  
muy mal debo de bailar».

Guarde para su regalo  
esta sentencia un autor:  
si el sabio no aprueba, ¡malo!  
si el necio aplaude, ¡peor!

## **La abeja y los zánganos**

*Fácilmente se luce con citar y elogiar a los hombres grandes de  
la Antigüedad; el mérito está en imitarlos*

A tratar de un gravísimo negocio  
se juntaron los zánganos un día.  
Cada cual varios medios discurría  
para disimular su inútil ocio;  
y, por librarse de tan fea nota  
a vista de los otros animales,  
aun el más perezoso y más idiota  
quería, bien o mal, hacer panales.  
Mas como el trabajar les era duro,  
y el enjambre inexperto  
no estaba muy seguro  
de rematar la empresa con acierto,  
intentaron salir de aquel apuro  
con acudir a una colmena vieja,  
y sacar el cadáver de una abeja  
muy hábil en su tiempo y laboriosa;  
hacerla, con la pompa más honrosa,  
unas grandes exequias funerales,  
y susurrar elogios inmortales  
de lo ingeniosa que era  
en labrar dulce miel y blanda cera.  
Con esto se alababan tan ufanos,  
que una abeja les dijo por desquite:  
«¿No trabajáis más que eso? Pues, hermanos,  
jamás equivaldrá vuestro zumbido  
a una gota de miel que yo fabrique».

¡Cuántos pasar por sabios han querido  
con citar a los muertos que lo han sido!  
¡Y qué pomposamente que los citan!  
Mas pregunto yo ahora: ¿los imitan?

## **Los dos loros y la cotorra**

*Los que corrompen su idioma no tienen otro desquite que  
llamar puristas a los que le hablan con propiedad, como si el  
serlo fuera tacha*

De Santo Domingo trajo  
dos loros una señora.  
La isla en parte es francesa,  
y en otra parte española.  
Así, cada animalito  
hablaba distinto idioma.  
Pusiéronlos al balcón,  
y aquello era Babilonia.  
De francés y castellano  
hicieron tal pepitoria,  
que al cabo ya no sabían  
hablar ni una lengua ni otra.  
El francés, del español  
tomó voces, aunque pocas;  
el español al francés,  
casi se las toma todas.  
Manda el ama separarlos,  
y el francés luego reforma  
las palabras que aprendió  
de lengua que no es de moda.  
El español, al contrario,  
no olvida la jerigonza,  
y aun discurre que con ella  
ilustra su lengua propia.  
Llegó a pedir en francés  
los garbanzos de la olla;  
y desde el balcón de enfrente  
una erudita cotorra  
la carcajada soltó,  
haciendo del loro mofa.  
Él respondió solamente,  
como por tacha afrentosa:  
«Vos no sois que una PURISTA».  
Y ella dijo: «A mucha honra».  
¡Vaya, que los loros son  
lo mismo que las personas!

# **El mono y el titiritero**

*Sin claridad no hay obra buena*

El fidedigno padre Valdecebro,  
que en discurrir historias de animales  
se calentó el cerebro,  
pintándolos con pelos y señales;  
que, en estilo encumbrado y elocuente,  
del unicornio cuenta maravillas,  
y el ave fénix cree a pie juntillas,  
(no tengo bien presente  
si es en el libro octavo u en el nono),  
refiere el caso de un famoso mono.  
Éste, pues, que era diestro  
en mil habilidades, y servía  
a un gran titiritero, quiso un día,  
mientras estaba ausente su maestro,  
convidar diferentes animales,  
de aquellos más amigos,  
a que fuesen testigos  
de todas sus monadas principales.  
Empezó por hacer la mortecina;  
después, bailó en la cuerda a la arlequina,  
con el salto mortal y la campana;  
luego, el despeñadero,  
la espatarrada, vueltas de carnero,  
y al fin el ejercicio a la prusiana.  
De estas y de otras gracias hizo alarde.  
Mas lo mejor faltaba todavía,  
pues, imitando lo que su amo hacía,  
ofrecerles pensó, porque la tarde  
completa fuese y la función amena,  
de la linterna mágica una escena.  
Luego que la atención del auditorio  
con un preparatorio  
exordio concilió, según es uso,  
detrás de aquella máquina se puso;  
y durante el manejo  
de los vidrios pintados,  
fáciles de mover a todos lados,

las diversas figuras  
iba explicando con locuaz despejo.  
Estaba el cuarto a oscuras,  
cual se requiere en casos semejantes;  
y aunque los circunstantes  
observaban atentos,  
ninguno ver podía los portentos  
que con tanta parola y grave tono  
les anunciaba el ingenioso mono.  
Todos se confundían, sospechando  
que aquello era burlarse de la gente.  
Estaba el mono ya corrido, cuando  
entró maese Pedro de repente,  
e informado del lance, entre severo  
y risueño, le dijo: «¡Majadero!,  
¿de qué sirve tu charla sempiterna,  
si tienes apagada la linterna?»

Perdonadme, sutiles y altas Musas,  
las que hacéis vanidad de ser confusas:  
¿os puedo yo decir con mejor modo  
que sin la claridad os falta todo?

## **La campana y el esquilón**

*Con hablar poco y gravemente, logran muchos opinión de  
hombres grandes*

En cierta catedral una campana había  
que sólo se tocaba algún solemne día.  
Con el más recio son, con pausado compás,  
cuatro golpes o tres solía dar, no más.  
Por esto, y ser mayor de la ordinaria marca,  
celebrada fue siempre en toda la comarca.  
Tenía la ciudad, en su jurisdicción,  
una aldea infeliz, de corta población,  
siendo su parroquial una pobre iglesita,  
con chico campanario, a modo de una ermita;

y un rajado esquilón, pendiente en medio de él,  
era allí quien hacía el principal papel.

A fin de que imitase a questo campanario  
al de la catedral, dispuso el vecindario  
que despacio y muy poco el dichoso esquilón  
se hubiese de tocar sólo en tal cual función;  
y pudo tanto aquello en la gente aldeana,  
que el esquilón pasó por una gran campana.  
Muy verosímil es, pues que la gravedad  
suple en muchos así por la capacidad.  
Dígnanse rara vez de despegar sus labios,  
y piensan que con esto imitan a los sabios.

## **El burro flautista**

*Sin reglas del arte, el que en algo acierta, acierta por casualidad*

Esta fabulilla,  
salga bien o mal,  
me ha ocurrido ahora  
por casualidad.

Cerca de unos prados  
que hay en mi lugar,  
pasaba un borrico  
por casualidad.

Una flauta en ellos  
halló, que un zagal  
se dejó olvidada  
por casualidad.

Acercóse a olerla  
el dicho animal,  
y dio un resoplido  
por casualidad.

En la flauta el aire  
se hubo de colar,  
y sonó la flauta  
por casualidad.

«¡Oh! -dijo el borrico-,  
¡qué bien sé tocar!  
¡Y dirán que es mala  
la música asnal!»

Sin reglas del arte,  
borriquitos hay  
que una vez aciertan  
por casualidad.

## **La hormiga y la pulga**

*Para no alabar las obras buenas, algunos las suponen de fácil  
ejecución*

Tienen algunos un gracioso modo  
de aparentar que se lo saben todo,  
pues cuando oyen o ven cualquiera cosa,  
por más nueva que sea y primorosa,  
muy trivial y muy fácil la suponen,  
y a tener que alabarla no se exponen.  
Esta casta de gente  
no se me ha de escapar, por vida mía,  
sin que lleve su fábula corriente,  
aunque gaste en hacerla todo un día.

A la pulga la hormiga refería  
lo mucho que se afana,  
y con qué industrias el sustento gana;  
de qué suerte fabrica el hormiguero,  
cuál es la habitación, cuál el granero,  
cómo el grano acarrea,  
repartiendo entre todas la tarea;  
con otras menudencias muy curiosas  
que pudieran pasar por fabulosas,  
si diarias experiencias  
no las acreditasen de evidencias.

A todas sus razones  
contestaba la pulga, no diciendo  
más que estas u otras tales expresiones:  
«Pues ya..., sí..., se supone, bien..., lo entiendo...,  
ya lo decía yo..., sin duda..., es claro...,  
está visto: ¿tiene eso algo de raro?»

La hormiga, que salió de sus casillas  
al oír estas vanas respuestillas,  
dijo a la pulga: «Amiga, pues yo quiero  
que venga usted conmigo al hormiguero.  
Ya que con ese tono de maestra  
todo lo facilita y da por hecho,  
siquiera para muestra,  
ayúdenos en algo de provecho».

La pulga, dando un brinco muy ligera,  
respondió con grandísimo desuello:  
«¡Miren qué friolera!  
Y ¿tanto piensas que me costaría?  
Todo es ponerse a ello...  
pero... tengo que hacer... Hasta otro día».

## **La parietaria y el tomillo**

*Nadie pretenda ser tenido por autor, sólo con poner un ligero  
prólogo o algunas notas a libro ajeno*

Yo leí, no sé dónde, que, en la lengua herbolaria  
saludando al tomillo la hierba parietaria,  
con socarronería le dijo de esta suerte:  
«Dios te guarde, tomillo: lástima me da verte;  
que aunque más oloroso que todas estas plantas,  
apenas medio palmo del suelo te levantas».  
Él responde: «Querida, chico soy, pero crezco  
sin ayuda nadie. Yo sí te compadezco,  
pues, por más que presumas, ni medio palmo puedes  
medrar, si no te arrimas a una de esas paredes».

Cuando veo yo algunos que de otros escritores  
a la sombra se arriman, y piensan ser autores  
con poner cuatro notas o hacer un prologuillo,  
estoy por aplicarles lo que dijo el tomillo.

## Los dos conejos

*No debemos detenernos en cuestiones frívolas, olvidando el  
asunto principal*

Por entre unas matas,  
seguido de perros  
-no diré corría-  
volaba un conejo.

De su madriguera  
salió un compañero,  
y le dijo: «Tente,  
amigo, ¿qué es esto?»

«¿Qué ha de ser? -responde-;  
sin aliento llego...  
Dos pícaros galgos  
me vienen siguiendo».

«Sí -replica el otro-,  
por allí los veo...  
Pero no son galgos».  
«¿Pues qué son?» «Podencos».

«¿Qué? ¿Podencos dices?  
Sí, como mi abuelo.  
Galgos y muy galgos;  
bien vistos los tengo».

«Son podencos, vaya,  
que no entiendes de eso».  
«Son galgos, te digo».  
«Digo que podencos».

En esta disputa  
llegando los perros,  
pillan descuidados  
a mis dos conejos.

Los que por cuestiones  
de poco momento  
dejan lo que importa,  
llévense este ejemplo.

## **Los huevos**

*No falta quien quiera pasar por autor original, cuando no hace  
más que repetir con corta diferencia lo que otros muchos han  
dicho*

Más allá de las islas Filipinas,  
hay una, que ni sé cómo se llama  
ni me importa saberlo, donde es fama  
que jamás hubo casta de gallinas,  
hasta que allá un viajero  
llevó por accidente un gallinero.  
Al fin tal fue la cría, que ya el plato  
más común y barato  
era de huevos frescos; pero todos  
los pasaban por agua (que el viajante  
no enseñó a componerlos de otros modos).  
Luego, de aquella tierra un habitante  
introdujo el comerlos estrellados.  
¡Oh! ¡Qué elogios se oyeron a porfía  
de su rara y fecunda fantasía!  
Otro discurre hacerlos escalfados...  
¡Pensamiento feliz!... Otro, rellenos...  
¡Ahora sí que están los huevos buenos!  
Uno, después, inventa la tortilla,  
y todos claman ya: «¡Qué maravilla!»  
No bien se pasó un año,  
cuando otro dijo: «Sois unos petates;  
yo los haré revueltos con tomates».  
Y aquel guiso de huevos tan extraño,  
con que toda la isla se alborota,  
hubiera estado largo tiempo en uso,  
a no ser porque luego los compuso  
un famoso extranjero a la hugonota.  
Esto hicieron diversos cocineros;  
pero ¡qué condimentos delicados  
no añadieron después los reposteros!  
Moles, dobles, hilados,  
en caramelo, en leche,  
en sorbete, en compota, en escabeche.  
Al cabo todos eran inventores,  
y los últimos huevos, los mejores.  
Mas un prudente anciano

les dijo un día: «Presumís en vano  
de esas composiciones peregrinas.  
¡Gracias al que nos trajo las gallinas!»

Tantos autores nuevos  
¿no se pudieran ir a guisar huevos  
más allá de las islas Filipinas?

## **El pato y la serpiente**

*Más vale saber una cosa bien que muchas mal*

A orillas de un estanque,  
diciendo estaba un pato:  
«¿A qué animal dio el cielo  
los dones que me ha dado?

Soy de agua, tierra y aire:  
cuando de andar me canso,  
si se me antoja, vuelo;  
si se me antoja, nado».

Una serpiente astuta,  
que le estaba escuchando,  
le llamó con un silbo  
y le dijo «¡Seó guapo!

no hay que echar tantas plantas;  
pues ni anda como el gamo,  
ni vuela como el sacre,  
ni nada como el barbo;

y así, tenga sabido  
que lo importante y raro  
no es entender de todo,  
sino ser diestro en algo».

## **El manguito, el abanico y el quitasol**

*También suele ser nulidad el no saber más que una cosa;  
extremo opuesto del defecto reprehendido en la fábula  
antecedente*

Si querer entender de todo  
es ridícula presunción,  
servir sólo para una cosa  
suele ser falta no menor.

Sobre una mesa, cierto día,  
dando estaba conversación  
a un abanico y a un manguito  
un paraguas o quitasol.

Y, en la lengua que en otro tiempo  
con la olla el caldero habló,  
a sus dos compañeros dijo:  
«¡Oh, qué buenas alhajas sois!

Tú, manguito, en invierno sirves;  
en verano vas a un rincón.  
Tú, abanico, eres mueble inútil  
cuando el frío sigue al calor.

No sabéis salir de un oficio.  
Aprended de mí, pese a vos,  
que en el invierno soy paraguas  
y en el verano quitasol».

## **La rana y el renacuajo**

*¡Qué despreciable es la poesía de mucha hojarasca!*

En la orilla del Tajo  
hablaba con la rana el renacuajo,  
alabando las hojas, la espesura  
de un gran cañaveral y su verdura.  
Mas luego que del viento  
el ímpetu violento  
una caña abatió, que cayó al río,  
en tono de lección dijo la rana:  
«Ven a verla, hijo mío;  
por de fuera muy tersa, muy lozana;  
por dentro toda fofa, toda vana».

Si la rana entendiera poesía,  
también de muchos versos lo diría.

## **La avutarda**

*Muy ridículo papel hacen los plagiarios que escriben centones*

De sus hijos la torpe avutarda  
el pesado volar conocía,  
deseando sacar una cría  
más ligera, aunque fuese bastarda.

A este fin, muchos huevos robados  
de alcotán, de jilguero y paloma,  
de perdiz y de tórtola toma,  
y en su nido los guarda mezclados.

Largo tiempo se estuvo sobre ellos,  
y aunque hueros salieron bastantes,  
produjeron, por fin, los restantes  
varias castas de pájaros bellos.

La avutarda mil aves convida  
por lucirlo con cría tan nueva;  
sus polluelos cada ave se lleva,  
y hete aquí la avutarda lucida.

Los que andáis empollando obras de otros,  
sacad, pues, a volar vuestra cría.  
Ya dirá cada autor: «Ésta es mía»,  
y veremos qué os queda a vosotros.

## **El jilguero y el cisne**

*Nada sirve la fama si no corresponden las obras*

«Calla tú, pajarillo vocinglero  
-dijo el cisne al jilguero-.  
¿A cantar me provocas, cuando sabes  
que de mi voz la dulce melodía  
nunca ha tenido igual entre las aves?»  
El jilguero sus trinos repetía,  
y el cisne continuaba: «¡Qué insolencia!  
¡Miren cómo me insulta el musiquillo!  
Si con soltar mi canto no le humillo,  
dé muchas gracias a mi gran prudencia».  
«¡Ojalá que cantaras!  
-le respondió por fin el pajarillo-.  
¡Cuánto no admirarías  
con las cadencias raras  
que ninguno asegura haberte oído,  
aunque logran más fama que las mías!...»  
Quiso el cisne cantar, y dio un graznido.  
¡Gran cosa! Ganar crédito sin ciencia,  
y perderle en llegando a la experiencia.

## **El caminante y la mula de alquiler**

*Los que empiezan elevando el estilo, se ven tal vez precisados a  
humillarle después demasiado*

Harta de paja y cebada,  
una mula de alquiler  
salía de la posada,

y tanto empezó a correr,  
que apenas el caminante  
la podía detener.

No dudó que en un instante  
su media jornada haría;  
pero algo más adelante

la falsa caballería  
ya iba retardando el paso.  
«¿Si lo hará de picardía?...

¡Arre!... ¿Te paras?... Acaso  
metiendo la espuela... Nada.  
Mucho me temo un fracaso...

Esta vara, que es delgada...  
Menos... Pues este aguijón...  
Mas ¿si estará ya cansada?

Coces tira... y mordiscón.  
¡Se vuelve contra el jinete!  
¡Oh, qué corcovo, qué envión!

Aunque las piernas apriete...  
Ni por ésas... ¡Voto a quién!  
¡Barrabás que la sujete!

Por fin dio en tierra... ¡Muy bien!  
¿Y eres tú la que corrías?...  
¡Mal muermo te mate, amén!

No me fiaré en mis días  
de mula que empiece haciendo  
semejantes valentías».

Después de este lance, en viendo  
que un autor ha principiado  
con altisonante estruendo,

al punto digo: «¡Cuidado!  
¡Tente, hombre!, que te has de ver  
en el vergonzoso estado  
de la mula de alquiler».

## **La cabra y el caballo**

*Hay malos escritores que se lisonjean fácilmente de lograr fama  
póstuma cuando no han podido merecerla en vida*

Estábase una cabra muy atenta  
largo rato escuchando  
de un acorde violín el eco blando.  
Los pies se la bailaban de contenta,  
y a cierto jaco que, también suspenso,  
casi olvidaba el pienso,  
dirigió de esta suerte la palabra:  
«¿No oyes de aquellas cuerdas la armonía?  
Pues sabe que son tripas de una cabra  
que fue en un tiempo compañera mía.  
Confío (¡dicha grande!) que algún día  
no menos dulces trinos  
formarán mis sonoros intestinos».

Volvióse el buen rocín, y respondiÓla:  
«A fe que no resuenan esas cuerdas  
sino porque las hieren con las cerdas  
que sufrí me arrancasen de la cola.  
Mi dolor me costó, pasé mi susto;  
pero, al fin, tengo el gusto  
de ver qué lucimiento  
debe a mi auxilio el músico instrumento.  
Tú, que satisfacción igual esperas,  
¿cuándo la gozarás? Después que mueras».

Así, ni más ni menos, porque en vida  
no ha conseguido ver su obra aplaudida,  
algún mal escritor al juicio apela  
de la posteridad, y se consuela.

## La abeja y el cuclillo

*La variedad es requisito indispensable en las obras de gusto*

Saliendo del colmenar,  
dijo al cuclillo la abeja:  
«Calla, porque no me deja  
tu ingrata voz trabajar.

No hay ave tan fastidiosa  
en el cantar como tú:  
¡cucú, cucú y más cucú,  
y siempre una misma cosa!»

«¿Te cansa mi canto igual?  
-el cuclillo respondió-.  
Pues a fe que no hallo yo  
variedad en tu panal;

y pues que del propio modo  
fabricas uno que ciento,  
si yo nada nuevo invento,  
en ti es viejísimo todo».

A esto la abeja replica:  
«En obra de utilidad,  
la falta de variedad  
no es lo que más perjudica;

pero en obra destinada  
sólo al gusto y diversión,  
si no es varia la invención,  
todo lo demás es nada».

## El ratón y el gato

*Alguno que ha alabado una obra ignorando quién es su autor,  
suele vituperarla después que lo sabe*

Tuvo Esopo famosas ocurrencias.  
¡Qué invención tan sencilla! ¡Qué sentencias!

He de poner, pues que la tengo a mano,  
una fábula suya en castellano.  
«Cierta -dijo un ratón en su agujero-:  
no hay prenda más amable y estupenda  
que la fidelidad; por eso quiero  
tan de veras al perro perdiguero».  
Un gato replicó: «Pues esa prenda  
yo la tengo también...» Aquí se asusta  
mi buen ratón, se esconde,  
y torciendo el hocico le responde:  
«¿Cómo? ¿La tienes tú?... Ya no me gusta».  
La alabanza que muchos creen justa,  
injusta les parece  
si ven que su contrario la merece.  
«¿Qué tal, señor lector? La fabulilla  
puede ser que le agrade y que le instruya».  
«Es una maravilla;  
dijo Esopo una cosa como suya».  
«Pues mire usted: Esopo no la ha escrito;  
salió de mi cabeza». «¿Conque es tuya?»  
«Sí, señor erudito;  
ya que antes tan feliz le parecía,  
crítiquemela ahora porque es mía».

## **La lechuza**

*Atreverse a los autores muertos, y no a los vivos, no sólo es  
cobardía, sino traición*

Cobardes son y traidores  
ciertos críticos que esperan,  
para impugnar, a que mueran  
los infelices autores,  
porque, vivos, respondieran.

Un breve caso a este intento  
contaba una abuela mía.  
Diz que un día en un convento  
entró una lechuza... Miento,  
que no debió ser un día.

Fue, sin duda, estando el sol  
ya muy lejos del ocaso...  
Ella, en fin, se encontró al paso  
una lámpara o farol  
(que es lo mismo para el caso),

y volviendo la trasera,  
exclamó de esta manera:  
«Lámpara, ¡con qué deleite  
te chupara yo el aceite,  
si tu luz no me ofendiera!

Mas ya que ahora no puedo,  
porque estás bien atizada,  
si otra vez te hallo apagada,  
sabré, perdiéndote el miedo,  
darme una buena panzada».

## **Los perros y el trapero**

Aunque renieguen de mí  
los críticos de que trato,  
para darles un mal rato,  
en otra fábula aquí  
tengo de hacer su retrato.  
Estando, pues, un trapero  
revolviendo un basurero,  
ladrábanle, como suelen  
cuando a tales hombres huelen,  
dos parientes del Cerbero.  
Y díjoles un lebrel:  
«Dejad a ese perillán,  
que sabe quitar la piel  
cuando encuentra muerto un can,  
y cuando vivo, huye de él».

## **El papagayo, el tordo y la marica**

*Conviene estudiar los autores originales, no los copiantes y malos traductores*

Oyendo un tordo hablar a un papagayo,  
quiso que él, y no el hombre, le enseñara;  
y con sólo un ensayo  
creyó tener pronunciación tan clara,  
que en ciertas ocasiones  
a una marica daba ya lecciones.  
Así salió tan diestra la marica  
como aquel que al estudio se dedica  
por copias y por malas traducciones.

## **El lobo y el pastor**

*El libro que de suyo es malo, no deja de serlo porque tenga tal cual cosa buena*

Cierto lobo, hablando con cierto pastor,  
«Amigo -le dijo-, yo no sé por qué  
me has mirado siempre con odio y horror.  
Tiénesme por malo; no lo soy, a fe.

Mi piel en invierno ¡qué abrigo no da!  
Achaques humanos cura más de mil,  
y otra cosa tiene, que seguro está  
que la piquen pulgas ni otro insecto vil.

Mis uñas no trueco por las del tejón,  
que contra el mal de ojo tienen gran virtud;  
mis dientes ya sabes cuán útiles son,  
y a cuántos con mi unto he dado salud».

El pastor responde: «¡Perverso animal!  
¡Maldígate el cielo, maldígate, amén!  
Después que estás harto de hacer tanto mal,  
¿qué importa que puedas hacer algún bien?»

Al diablo los doy  
tantos libros lobos como corren hoy.

## **El león y el águila**

*Los que quieren hacer a dos partidos, suelen conseguir el  
desprecio de ambos*

El águila y el león  
gran conferencia tuvieron  
para arreglar entre sí  
ciertos puntos de gobierno.  
Dio el águila muchas quejas  
del murciélago, diciendo:  
«¿Hasta cuándo este avechucho  
nos ha de traer revueltos?  
Con mis pájaros se mezcla,  
dándose por uno de ellos,  
y alega varias razones,  
sobre todo la del vuelo.  
Mas si se le antoja, dice:  
«Hocico, y no pico, tengo.  
¿Como ave queréis tratarme?  
Pues cuadrúpedo me vuelvo».  
Con mis vasallos murmura  
de los brutos de tu imperio,  
y cuando con éstos vive,  
murmura también de aquéllos».  
«Está bien -dijo el león-.  
Yo te juro que en mis reinos  
no entre más». «Pues en los míos  
-respondió el águila-, menos».  
Desde entonces, solitario  
salir de noche le vemos,  
pues ni alados ni patudos  
quieren ya tal compañero.  
Murciélagos literarios,  
que hacéis a pluma y a pelo,  
si queréis vivir con todos,  
miraos en este espejo.

## **La mona**

*Hay trajes propios de algunas profesiones literarias, con los  
cuales aparentan muchos el talento que no tienen*

Aunque se vista de seda  
la mona, mona se queda.  
El refrán lo dice así;  
yo también lo diré aquí,  
y con eso lo verán  
en fábula y en refrán.  
Un traje de colorines,  
como el de los matachines,  
cierta mona se vistió;  
aunque más bien creo yo  
que su amo la vestiría,  
porque difícil sería  
que tela y sastre encontrase.  
El refrán lo dice: pase.  
Viéndose ya tan galana,  
saltó por una ventana  
al tejado de un vecino,  
y de allí tomó el camino  
para volverse a Tetuán.  
Esto no dice el refrán,  
pero lo dice una historia  
de que apenas hay memoria,  
por ser el autor muy raro;  
y poner el hecho en claro  
no le habrá costado poco.  
Él no supo, ni tampoco  
he podido saber yo,  
si la mona se embarcó,  
o si rodeó tal vez  
por el ismo de Suez.  
Lo que averiguado está  
es que, por fin, llegó allá.  
Viose la señora mía  
en la amable compañía  
de tanta mona desnuda;  
y cada cual la saluda  
como a un alto personaje,

admirándose del traje,  
y suponiendo sería  
mucho la sabiduría,  
ingenio y tino mental  
del petimetre animal.  
Opinan luego al instante,  
y *nemine discrepante*,  
que a la nueva compañera  
la dirección se confiera  
de cierta gran correría  
con que buscar se debía,  
en aquel país tan vasto,  
la provisión para el gasto  
de toda la mona tropa.  
(¡Lo que es tener buena ropa!)  
La directora, marchando  
con las huestes de su mando,  
perdió no sólo el camino,  
sino, lo que es más, el tino;  
y sus necias compañeras  
atravesaron laderas,  
bosques, valles, cerros, llanos,  
desiertos, ríos, pantanos;  
y al cabo de la jornada,  
ninguna dio palotada;  
¡y eso que en toda su vida  
hicieron otra salida  
en que fuese el capitán  
más tieso ni más galán!  
Por poco no queda mona  
a vida con la intentona;  
y vieron por experiencia  
que la ropa no da ciencia.

Pero, sin ir a Tetuán,  
también acá se hallarán  
monos que, aunque se vistan de estudiantes,  
se han de quedar lo mismo que eran antes.

## **El asno y su amo**

*Quien escribe para el público, y no escribe bien, no debe fundar  
su disculpa en el mal gusto del vulgo*

«Siempre acostumbra hacer el vulgo necio  
de lo bueno y lo malo igual aprecio;  
yo le doy lo peor, que es lo que alaba».  
De este modo sus yerros disculpaba  
un escritor de farsas indecentes;  
y un taimado poeta que lo oía,  
le respondió en los términos siguientes:  
«Al humilde jumento  
su dueño daba paja, y le decía:  
'Toma, pues que con eso estás contento'.  
Dijolo tantas veces, que ya un día  
se enfadó el asno, y replicó: 'Yo tomo  
lo que me quieres dar; pero, hombre injusto,  
¿piensas que sólo de la paja gusto?  
Dame grano, y verás si me lo como'».

Sepa quien para el público trabaja,  
que tal vez a la plebe culpa en vano,  
pues si, en dándola paja, come paja,  
siempre que la dan grano, come grano.

## **El gozque y el macho de noria**

*Nadie emprenda obra superior a sus fuerzas*

Bien habrá visto el lector,  
en hostería o convento,  
un artificioso invento  
para andar el asador.

Rueda de madera es  
con escalones, y un perro,  
metido en aquel encierro,  
la da vueltas con los pies.

Parece que cierto can  
que la máquina movía,  
empezó a decir un día:  
«Bien trabajo, y ¿qué me dan?

¡Cómo sudo! ¡Ay, infeliz!  
Y al cabo, por grande exceso,  
me arrojarán algún hueso  
que sobre de esa perdiz.

Con mucha incomodidad  
aquí la vida se pasa.  
Me iré, no sólo de casa,  
mas también de la ciudad».

Apenas le dieron suelta,  
huyendo con disimulo,  
llegó al campo, en donde un mulo  
a una noria daba vuelta.

Y no le hubo visto bien,  
cuando dijo: «¿Quién va allá?  
Parece que por acá  
asamos carne también».

«No aso carne, que agua saco»  
-el macho le respondió-.  
«Eso también lo haré yo  
-saltó el can-, aunque estoy flaco.

Como esa rueda es mayor,  
algo más trabajaré.  
¿Tanto pesa?... Pues ¿y qué?  
¿No ando la de mi asador?

Me habrán de dar, sobre todo,  
más ración, tendré más gloria...»  
Entonces el de la noria  
le interrumpió de este modo:

«Que se vuelva le aconsejo  
a voltear su asador;  
que esta empresa es superior  
a las fuerzas de un gozquejo».

¡Miren el mulo bellaco,  
y qué bien le replicó!  
Lo mismo he leído yo  
en un tal Horacio Flaco,

que a un autor da por gran yerro  
cargar con lo que después  
no podrá llevar; esto es,  
que no ande la noria el perro.

## **El erudito y el ratón**

*Hay casos en que es necesaria la crítica severa*

En el cuarto de un célebre erudito  
se hospedaba un ratón, ¡ratón maldito!,  
que no se alimentaba de otra cosa  
que de roerle siempre verso y prosa.  
Ni de un gatazo el vigilante celo  
pudo llegarle al pelo,  
ni extrañas invenciones  
de varias e ingeniosas ratoneras,  
o el rejalgar en dulces confecciones,  
curar lograron su incesante anhelo  
de registrar las doctas papeleras,  
y acribillar las páginas enteras.  
Quiso luego la trampa  
que el perseguido autor diese a la estampa  
sus obras de elocuencia y poesía;  
y aquel bicho travieso,  
si antes lo manuscrito le roía,  
mucho mejor roía ya lo impreso.  
«¡Qué desgracia la mía!  
-el literato exclama-. Ya estoy harto  
de escribir para gente roedora;  
y por no verme en esto, desde ahora  
papel blanco no más habrá en mi cuarto.  
Yo haré que este desorden se corrija...»  
Pero sí: la traidora sabandija,  
tan hecha a malas mañas, igualmente  
en el blanco papel hincaba el diente.  
El autor, aburrido,  
echa en la tinta dosis competente  
de solimán molido.  
Escribe (yo no sé si en prosa o verso);  
devora, pues, el animal perverso,  
y revienta, por fin... «¡Feliz receta!  
-dijo entonces el crítico poeta-.  
Quien tanto roe, mire no le escriba  
con un poco de tinta corrosiva».

Bien hace quien su crítica modera;  
pero usarla conviene más severa  
contra censura injusta y ofensiva,  
cuando no hablar con sincero denuedo  
poca razón arguye, o mucho miedo.

## **La ardilla y el caballo**

*Algunos emplean en obras frívolas tanto afán como otros en las importantes*

Mirando estaba una ardilla  
a un generoso alazán  
que, dócil a espuela y rienda,  
se adestraba en galopar.  
Viéndole hacer movimientos  
tan veloces y a compás,  
de aquesta suerte le dijo,  
con muy poca cortedad:  
«¿Señor mío,  
de ese brío,  
ligereza  
y destreza  
no me espanto,  
que otro tanto  
suelo hacer, y acaso más.  
Yo soy viva,  
soy activa,  
me meneo,  
me paseo,  
yo trabajo,  
subo y bajo,  
no me estoy quieta jamás».

El paso detiene entonces  
el buen potro y, muy formal,  
en los términos siguientes  
respuesta a la ardilla da:  
«Tantas idas  
y venidas,  
tantas vueltas  
y revueltas  
(quiero, amiga,  
que me diga),  
¿son de alguna utilidad?  
Yo me afano,  
mas no en vano.  
Sé mi oficio,  
y en servicio  
de mi dueño  
tengo empeño  
de lucir mi habilidad».

Conque algunos escritores  
ardillas también serán,  
si en obras frívolas gastan  
todo el calor natural.

## **El galán y la dama**

*Cuando un autor ha llegado a ser famoso, todo se le aplaude*

Cierto galán a quien París aclama  
petimetre del gusto más extraño,  
que cuarenta vestidos muda al año  
y el oro y plata sin temor derrama,  
celebrando los días de su dama,  
unas hebillas estrenó de estaño,  
sólo para probar con este engaño  
lo seguro que estaba de su fama.

«¡Bella plata! ¡Qué brillo tan hermoso!  
-dijo la dama-. ¡Viva el gusto y numen  
del petimetre en todo primoroso!»

Y ahora digo yo: «Llene un volumen  
de disparates un autor famoso,  
y si no le alabaren, que me emplumen».

## **El avestruz, el dromedario y la zorra**

*También en la literatura suele dominar el espíritu del paisanaje*

Para pasar el tiempo congregada  
una tertulia de animales varios  
(que también entre brutos hay tertulias),  
mil especies en ella se tocaron.  
Hablóse allí de las diversas prendas  
de que cada animal está dotado:  
éste a la hormiga alaba, aquél al perro,  
quién a la abeja, quién al papagayo.  
«No -dijo el avestruz-, en mi dictamen  
no hay más bello animal que el dromedario».  
El dromedario dijo: «Yo confieso  
que sólo el avestruz es de mi agrado».  
Ninguno adivinó por qué motivo  
tan raro gusto acreditaban ambos.  
¿Será porque los dos abultan mucho?  
¿O por tener los dos los cuellos largos?  
¿O porque el avestruz es algo simple,  
y no muy advertido el dromedario?  
¿O bien porque son feos uno y otro?  
¿O porque tienen en el pecho un callo?  
O puede ser también... «No es nada de eso  
-la zorra interrumpió-; ya di en el caso.  
¿Sabéis por qué motivo el uno al otro  
tanto se alaban? Porque son paisanos».  
En efecto, ambos eran berberiscos;  
y no fue juicio, no, tan temerario

el de la zorra, que no pueda hacerse  
tal vez igual de algunos literatos.

## **El cuervo y el pavo**

*Cuando se trata de notar los defectos de una obra, no deben  
censurarse los personales de su autor*

Pues, como digo, es el caso  
(y vaya de cuento)  
que a volar se desafiaron  
un pavo y un cuervo.

Al término señalado  
cuál llegó primero,  
considérelo quien de ambos  
haya visto el vuelo.

«Aguárdate -dijo el pavo  
al cuervo de lejos-  
¿Sabes lo que estoy pensando?  
Que eres negro y feo.

Escucha: también reparo  
-le gritó más recio-,  
en que eres un pajarraco  
de muy mal agüero.

¡Quita allá, que me das asco,  
grandísimo puerco!  
Sí, que tienes por regalo  
comer cuerpos muertos».

«Todo eso no viene al caso  
-le responde el cuervo-,  
porque aquí sólo tratamos  
de ver qué tal vuelo».

Cuando en las obras del sabio  
no encuentra defectos,  
contra la persona cargos  
suele hacer el necio.

## **La oruga y la zorra**

*La literatura es la profesión en que más se verifica el proverbio:  
«¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio»*

Si se acuerda el lector de la tertulia  
en que, a presencia de animales varios,  
la zorra adivinó por qué se daban  
elogios avestruz y dromedario,  
sepa que en la mismísima tertulia  
un día se trataba del gusano  
artífice ingenioso de la seda,  
y todos ponderaban su trabajo.  
Para muestra presentan un capullo;  
examínanle, crecen los aplausos,  
y aun el topo, con todo que es un ciego,  
confesó que el capullo era un milagro.  
Desde un rincón la oruga murmuraba  
en ofensivos términos, llamando  
la labor admirable, friolera,  
y a sus elogiadores, mentecatos.  
Preguntábanse, pues, unos a otros:  
«¿Por qué este miserable gusarapo  
el único ha de ser que vitupere  
lo que todos acordes alabamos?»  
Saltó la zorra y dijo: «¡Pese a mi alma!  
El motivo no puede estar más claro.  
¿No sabéis, compañeros, que la oruga  
también labra capullos, aunque malos?»

¡Laboriosos ingenios perseguidos!  
¿Queréis un buen consejo? Pues cuidado:  
cuando os provoquen ciertos envidiosos,  
no hagáis más que contarles este caso.

## **La compra del asno**

*A los que compran libros sólo por la encuadernación*

Ayer por mi calle  
pasaba un borrico,  
el más adornado  
que en mi vida he visto.  
Albarda y cabestro  
eran nuevecitos,  
con flecos de seda  
rojos y amarillos.  
Borlas y penacho  
llevaba el pollino,  
lazos, cascabeles  
y otros atavíos;  
y hechos a tijera,  
con arte prolijo,  
en pescuezo y anca  
dibujos muy lindos.  
Parece que el dueño,  
que es, según me han dicho,  
un chalán gitano  
de los más ladinos,  
vendió aquella alhaja  
a un hombre sencillo;  
y añaden que al pobre  
le costó un sentido.  
Volviendo a su casa,  
mostró a sus vecinos  
la famosa compra,  
y uno de ellos dijo:  
«Veamos, compadre,  
si este animalito  
tiene tan buen cuerpo  
como buen vestido».  
Empezó a quitarle  
todos los aliños,  
y bajo la albarda,  
al primer registro,  
le hallaron el lomo

asaz malferido,  
con seis mataduras  
y tres lobanillos,  
amén de dos grietas  
y un tumor antiguo  
que bajo la cincha  
estaba escondido.

«Burro -dijo el hombre-,  
más que el burro mismo,  
soy yo, que me pago  
de adornos postizos».

A fe que este lance  
no echaré en olvido,  
pues viene de molde  
a un amigo mío,  
el cual, a buen precio,  
ha comprado un libro  
bien encuadernado,  
que no vale un pito.

## **El buey y la cigarra**

*Muy necio y envidioso es quien afea un pequeño descuido en  
una obra grande*

Arando estaba el buey, y a poco trecho,  
la cigarra, cantando, le decía:  
«¡Ay!, ¡ay! ¡Qué surco tan torcido has hecho!»  
Pero él la respondió: «Señora mía,  
si no estuviera lo demás derecho,  
usted no conociera lo torcido.  
Calle, pues, la haragana reparona;  
que a mi amo sirvo bien, y él me perdona,  
entre tantos aciertos, un descuido».

¡Miren quién hizo a quién cargo tan fútil!  
Una cigarra al animal más útil.  
Mas ¿si me habrá entendido  
el que a tachar se atreve  
en obras grandes un defecto leve?

## **El guacamayo y la marmota**

*Ordinariamente no es escritor de gran mérito el que hace venal  
el ingenio*

Un pintado guacamayo  
desde un mirador veía  
cómo un extranjero payo,  
que saboyano sería,

por dinero una alimaña  
enseñaba muy feota,  
dándola por cosa extraña:  
es, a saber, la marmota.

Salía de su cajón  
aquel ridículo bicho,  
y el ave, desde el balcón,  
le dijo: «¡Raro capricho,  
siendo tú fea, que así  
dinero por verte den,  
cuando, siendo hermoso, aquí  
todos de balde me ven!

Puede que seas, no obstante,  
algún precioso animal,  
mas yo tengo ya bastante  
con saber que eres venal».

Oyendo esto un mal autor,  
se fue como avergonzado.  
¿Por qué? Porque un impresor  
le tenía asalariado.

## El retrato de golilla

*Si es vicioso el uso de voces extranjeras modernamente  
introducidas, también lo es, por el contrario, el de las  
anticuadas*

De frase extranjera el mal pegadizo  
hoy a nuestro idioma gravemente aqueja;  
pero habrá quien piense que no habla castizo  
si por lo anticuado lo usado no deja.  
Voy a entretenerle con una conseja;  
y porque le traiga más contentamiento,  
en su mismo estilo referilla intento,  
mezclando dos hablas, la nueva y la vieja.

No sin hartos celos un pintor de hogaño  
vía cómo agora gran loa y valía  
alcanzan algunos retratos de antaño;  
y el no remedallos a mengua tenía.  
Por ende, queriendo retratar un día  
a cierto rico-home, señor de gran cuenta,  
juzgó que lo antiguo de la vestimenta  
estima de rancio al cuadro daría.

Segundo Velázquez creyó ser con esto;  
y así que del rostro toda la semblanza  
hubo trasladado, golilla le ha puesto  
y otros atavíos a la antigua usanza.  
La tabla a su dueño lleva sin tardanza,  
el cual espantado fincó, desde vido  
con añejas galas su cuerpo vestido,  
magüer que le plugo la faz abastanza.

Empero una traza le vino a las mientes  
con que al retratante dar su galardón.  
Guardaba, heredadas de sus ascendientes,  
antiguas monedas en un viejo arcón.  
Del Quinto Fernando muchas de ellas son,  
allende de algunas de Carlos Primero,  
de entrambos Filipos, Segundo y Tercero;  
y henchido de todas le endonó un bolsón.

«Con estas monedas, o siquier medallas  
-el pintor le dice-, si voy al mercado  
cuando me cumpliera mercar vituallas,  
tornaré a mi casa con muy buen recado».  
«¡Pardiez! -dijo el otro-, ¿no me habéis pintado  
en traje que un tiempo fue muy señorial,  
y agora le viste sólo un alguacil?  
Cual me retratasteis, tal os he pagado.

Llevaos la tabla, y el mi corbatín  
pintadme al proviso en vez de golilla;  
cambiadme esa espada en el mi espadín,  
y en la mi casaca trocad la ropilla;  
ca non habrá naide en toda la villa  
que, al verme en tal guisa, conozca mi gesto.  
Vuestra paga entonce contaros he presto  
en buena moneda corriente en Castilla».

Ora, pues, si a risa provoca la idea  
que tuvo aquel sandio moderno pintor,  
¿no hemos de reírnos siempre que chochea  
con ancianas frases un novel autor?  
Lo que es afectado juzga que es primor,  
habla puro a costa de la claridad,  
y no halla voz baja para nuestra edad  
si fue noble en tiempo del Cid Campeador.

## **Los dos huéspedes**

*Las portadas ostentosas de los libros engañan mucho*

Pasando por un pueblo  
de la montaña,  
dos caballeros mozos  
buscan posada.  
De dos vecinos  
reciben mil ofertas  
los dos amigos.

Porque a ninguno quieren  
hacer desaire,  
en casa de uno y otro  
van a hospedarse.  
De ambas mansiones,  
cada huésped la suya  
a gusto escoge.

La que el uno prefiere  
tiene un gran patio  
y bello frontispicio  
como un palacio;  
sobre la puerta  
su escudo de armas tiene,  
hecho de piedra.

La del otro a la vista  
no era tan grande,  
mas dentro no faltaba  
donde alojarse;  
como que había  
piezas de muy buen temple,  
claras y limpias.

Pero el otro palacio  
del frontispicio  
era, además de estrecho,  
oscuro y frío:  
mucha portada,  
y por dentro desvanes  
a teja vana.

El que allí pasó un día  
mal hospedado,  
contaba al compañero  
el fuerte chasco.  
Pero él le dijo:  
«Otros chascos como ése  
dan muchos libros».

## **El té y la salvia**

*Algunos sólo aprecian la literatura extranjera, y no tienen la  
menor noticia de la de su nación*

El té, viniendo del imperio chino,  
se encontró con la salvia en el camino.  
Ella le dijo: «¿Adónde vas, compadre?»  
«A Europa voy, comadre,  
donde sé que me compran a buen precio».  
«Yo -respondió la salvia- voy a China,  
que allá con sumo aprecio  
me reciben por gusto y medicina.  
En Europa me tratan de salvaje,  
y jamás he podido hacer fortuna».  
«Anda con Dios. No perderás el viaje,  
pues no hay nación alguna  
que a todo lo extranjero  
no dé con gusto aplausos y dinero».

La salvia me perdone,  
que al comercio su máxima se opone.  
Si hablase del comercio literario,  
yo no defendería lo contrario,  
porque en él para algunos es un vicio  
lo que es en general un beneficio;  
y español que tal vez recitaría  
quinientos versos de Boileau y el Tasso,  
puede ser que no sepa todavía  
en qué lengua los hizo Garcilaso.

## El gato, el lagarto y el grillo

*Por más ridículo que sea el estilo retumbante, siempre habrá necios que le aplaudan, sólo por la razón de que se quedan sin entenderle*

Ello es que hay animales muy científicos  
en curarse con varios específicos  
y en conservar su construcción orgánica,  
como hábiles que son en la Botánica;  
pues conocen las hierbas diuréticas,  
catárticas, narcóticas, eméticas,  
febrífugas, estípticas, prolíficas,  
cefálicas también y sudoríficas.  
En esto era gran práctico y teórico  
un gato, pedantísimo retórico,  
que hablaba en un estilo tan enfático  
como el más estirado catedrático.  
Yendo a caza de plantas salutíferas,  
dijo a un lagarto: «¡Qué ansias tan mortíferas!  
Quiero, por mis turgencias semi-hidrópicas,  
chupar el zumo de hojas heliotrópicas».  
Atónito el lagarto con lo exótico  
de todo aquel preámbulo estrambótico,  
no entendió más la frase macarrónica  
que si le hablasen lengua babilónica;  
pero notó que el charlatán ridículo  
de hojas de girasol llenó el ventrículo,  
y le dijo: «Ya, en fin, señor hidrópico,  
he entendido lo que es zumo heliotrópico».  
¡Y no es bueno que un grillo, oyendo el diálogo,  
aunque se fue en ayunas del catálogo  
de términos tan raros y magníficos,  
hizo del gato elogios honoríficos!  
Sí; que hay quien tiene la hinchazón por mérito,  
y el hablar liso y llano por demérito.

Mas ya que esos amantes de hiperbólicas  
cláusulas y metáforas diabólicas,  
de retumbantes voces el depósito  
apurán, aunque salga un despropósito,  
caiga sobre su estilo problemático  
este apólogo esdrújulo-enigmático.

## **La música de los animales**

*Cuando se trabaja una obra entre muchos, cada uno quiere apropiársela si es buena, y echa la culpa a los otros si es mala*

Atención, noble auditorio,  
que la bandurria he templado,  
y han de dar gracias cuando oigan  
la jácara que les canto.

En la corte del león,  
día de su cumpleaños,  
unos cuantos animales  
dispusieron un sarao;  
y para darle principio  
con el debido aparato,  
creyeron que una academia  
de música era del caso.

Como en esto de elegir  
los papeles adecuados  
no todas veces se tiene  
el acierto necesario,  
ni hablaron del ruiseñor,  
ni del mirlo se acordaron,  
ni se trató de calandria,  
de jilguero ni canario.

Menos hábiles cantores,  
aunque más determinados,  
se ofrecieron a tomar  
la diversión a su cargo.

Antes de llegar la hora  
del canticio preparado,  
cada músico decía:

«¡Ustedes verán qué rato!»

Y al fin la capilla junta  
se presenta en el estrado,  
compuesta de los siguientes  
diestrísimos operarios:

los triples eran dos grillos;  
rana y cigarra, contraltos;  
dos tábanos, los tenores;  
el cerdo y el burro, bajos.

Con qué agradable cadencia,

con qué acento delicado  
la música sonaría,  
no es menester ponderarlo.  
Baste decir que los más  
las orejas se taparon,  
y por respeto al león  
disimularon el chasco.  
La rana, por los semblantes,  
bien conoció, sin embargo,  
que habían de ser muy pocas  
las palmadas y los bravos.  
Salióse del corro, y dijo:  
«¡Cómo desentona el asno!»  
Éste replicó: «¡Los tiples  
sí que están desentonados!»  
«¡Quien lo echa todo a perder  
-añadió un grillo chillando-  
es el cerdo!» «¡Poco a poco!  
-respondió luego el marrano-:  
nadie desafina más  
que la cigarra, contralto».  
«¡Tenga modo y hable bien!  
-saltó la cigarra-; es falso:  
esos tábanos tenores  
son los autores del daño».  
Cortó el león la disputa,  
diciendo: «¡Grandes bellacos!  
¿Antes de empezar la solfa  
no la estabais celebrando?  
Cada uno para sí  
pretendía los aplausos,  
como que se debería  
todo el acierto a su canto;  
mas viendo ya que el concierto  
es un infierno abreviado,  
nadie quiere parte en él,  
y a los otros hace cargos.

Jamás volváis a poner os  
en mi presencia: ¡mudaos!,  
que, si otra vez me cantáis,  
tengo de hacer un estrago».

¡Así permitiera el cielo  
que sucediera otro tanto  
cuando, trabajando a escote  
tres escritores o cuatro,  
cada cual quiere la gloria,  
si es bueno el libro u mediano,  
y los compañeros tienen  
la culpa, si sale malo!

## **La espada y el asador**

*Contra dos especies de malos traductores.*

Sirvió en muchos combates una espada  
tersa, fina, cortante, bien templada:  
la más famosa que salió de mano  
de insigne fabricante toledano.  
Fue pasando a poder de varios dueños,  
y airosos los sacó de mil empeños.  
Vendióse en almonedas diferentes,  
hasta que, por extraños accidentes,  
vino, en fin, a parar (¡quién lo diría!)  
a un oscuro rincón de una hostería,  
donde, cual mueble inútil, arrimada,  
se tomaba de orín. Una criada,  
por mandado de su amo el posadero,  
que debía de ser gran majadero,  
se la llevó una vez a la cocina,  
atravesó con ella una gallina,  
¡y héteme un asador hecho y derecho  
la que una espada fue de honra y provecho!  
Mientras esto pasaba en la posada,  
en la corte comprar quiso una espada  
cierto recién llegado forastero,  
transformado de payo en caballero.  
El espadero, viendo que al presente  
es la espada un adorno solamente,  
y que pasa por buena cualquier hoja,  
siendo de moda el puño que se escoja,  
díjole que volviese al otro día.  
Un asador que en su cocina había  
luego desbasta, afila y acicala,  
y por espada de Tomás de Ayala  
al pobre forastero, que no entiende  
de semejantes compras, se le vende,  
siendo tan picarón el espadero  
como fue mentecato el posadero.

¿Mas de igual ignorancia o picardía  
nuestra nación quejarse no podría  
contra los traductores de dos clases,  
que infestada la tienen con sus frases?  
Unos traducen obras celebradas,  
y en asadores vuelven las espadas;  
otros hay que traducen las peores,  
y venden por espadas asadores.

## **Los cuatro lisiados**

*Las obras que un particular puede desempeñar por sí solo no  
merecen se emplee en ellas el trabajo de muchos hombres*

Un mudo *a nativitate*,  
y más sordo que una tapia,  
vino a tratar con un ciego  
cosas de poca importancia.  
Hablaban el ciego por señas,  
que para el mudo eran claras;  
mas hízole otras el mudo,  
y él a oscuras se quedaba.  
En este apuro, trajeron,  
para que los ayudara,  
a un camarada de entrambos  
que era manco, por desgracia.  
Éste las señas del mudo  
trasladaba con palabras,  
y por aquel medio el ciego  
del negocio se enteraba.  
Por último resultó  
de conferencia tan rara,  
que era preciso escribir  
sobre el asunto una carta.  
«Compañeros -saltó el manco-,  
mi auxilio a tanto no alcanza;  
pero a escribirla vendrá  
el dómine, si le llaman».

«¿Qué ha de venir -dijo el ciego-,  
si es cojo, que apenas anda?  
Vamos, será menester  
ir a buscarle a su casa».  
Así lo hicieron, y al fin  
el cojo escribe la carta,  
díctanla el ciego y el manco,  
y el mudo parte a llevarla.  
Para el consabido asunto,  
con dos personas sobraba;  
mas como eran ellas tales,  
cuatro fueron necesarias.  
Y a no ser porque ha tan poco  
que en un lugar de la Alcarria  
acaeció esta aventura  
(testigos más de cien almas),  
bien pudiera sospecharse  
que estaba adrede inventada  
por alguno que con ella  
quiso pintar lo que pasa  
cuando, juntándose muchos  
en pandilla literaria,  
tienen que trabajar todos  
para una gran patarata.

## **El pollo y los dos gallos**

*No ha de considerarse en un autor la edad, sino el talento*

Un gallo, presumido  
de luchador valiente,  
y un pollo algo crecido,  
no sé por qué accidente  
tuvieron sus palabras, de manera  
que armaron una brava pelotera.  
Diose el pollo tal maña,  
que sacudió a mi gallo lindamente,  
quedando ya por suya la campaña.  
Y el vencido sultán de aquel serrallo  
dijo, cuando el contrario no lo oía:  
«¡Eh!, con el tiempo no será mal gallo:  
el pobrecillo es mozo todavía».  
Jamás volvió a meterse con el pollo.  
Mas en otra ocasión, por cierto embrollo,  
teniendo un choque con un gallo anciano,  
guerrero veterano,  
apenas le quedó pluma ni cresta,  
y dijo al retirarse de la fiesta:  
«Si no mirara que es un pobre viejo...  
Pero chochea, y por piedad le dejo».

Quien se meta en contienda,  
verbigracia, de asunto literario,  
a los años no atienda,  
sino a la habilidad de su adversario.

## **La urraca y la mona**

*El verdadero caudal de erudición no consiste en hacinar  
muchas noticias, sino en recoger con elección las útiles y  
necesarias*

A una mona  
muy taimada  
dijo un día  
cierta urraca:  
«Si vinieras  
a mi estancia,  
¡cuántas cosas  
te enseñara!  
Tú bien sabes  
con qué maña  
robo y guardo  
mil alhajas.  
Ven, si quieres,  
y verás las  
escondidas  
tras de un arca».  
La otra dijo:  
«Vaya en gracia»;  
y al paraje  
la acompaña.  
Fue sacando  
doña Urraca  
una liga  
colorada,  
un tontillo  
de casaca,  
una hebilla,  
dos medallas,  
la contera  
de una espada,  
medio peine  
y una vaina  
de tijeras,  
una gasa,  
un mal cabo  
de navaja,  
tres clavijas

de guitarra  
y otras muchas  
zarandajas.  
«¿Qué tal? -dijo-.  
Vaya, hermana,  
¿no me envidia?  
¿No se pasma?  
A fe que otra  
de mi casta  
en riqueza  
no me iguala».  
Nuestra mona  
la miraba  
con un gesto  
de bellaca,  
y al fin dijo:  
«¡Patarata!  
Has juntado  
lindas maulas.  
Aquí tienes  
quien te gana,  
porque es útil  
lo que guarda.  
Si no, mira  
mis quijadas.  
Bajo de ellas,  
camarada,  
hay dos buches  
o papadas  
que se encogen  
y se ensanchan.  
Como aquello  
que me basta,  
y el sobrante  
guardo en ambas  
para cuando  
me haga falta.

Tú amontonas,  
mentecata,  
trapos viejos  
y morralla;  
mas yo, nueces,  
avellanas,  
dulces, carne  
y otras cuantas  
provisiones  
necesarias».

Y esta mona  
redomada  
¿habló sólo  
con la urraca?  
Me parece  
que más habla  
con algunos  
que hacen gala  
de confusas  
misceláneas  
y farrago  
sin sustancia.

## **El ruiseñor y el gorrión**

*Nadie crea saber tanto que no tenga más que aprender*

Siguiendo el son del organillo un día,  
tomaba el ruiseñor lección de canto,  
y a la jaula llegándose entretanto  
el gorrión parlero, así decía:

«¡Cuánto me maravillo  
de ver que de ese modo  
un pájaro tan diestro  
a un discípulo tiene por maestro!  
Porque, al fin, lo que sabe el organillo  
a ti lo debe todo».

«A pesar de eso -el ruiseñor replica-,  
si él aprendió de mí, yo de él aprendo.  
A imitar mis caprichos él se aplica;  
yo los voy corrigiendo  
con arreglarme al arte que él enseña;  
y así pronto verás lo que adelanta  
un ruiseñor que con escuela canta».

¿De aprender se desdeña  
el literato grave?  
Pues más debe estudiar el que más sabe.

## **El jardinero y su amo**

*La perfección de una obra consiste en la unión de lo útil y lo agradable*

En un jardín de flores  
había una gran fuente,  
cuyo pilón servía  
de estanque a carpas, tencas y otros peces.

Únicamente al riego  
el jardinero atiende,  
de modo que entretanto  
los peces agua en que vivir no tienen.

Viendo tal desgobierno,  
su amo le reprende,  
pues, aunque quiere flores,  
regalarse con peces también quiere;

y el rudo jardinero  
tan puntual le obedece,  
que las plantas no riega  
para que el agua del pilón no merme.

Al cabo de algún tiempo  
el amo al jardín vuelve;  
halla secas las flores,  
y amostazado dice de esta suerte:

«Hombre, no riegues tanto,  
que me quede sin peces,  
ni cuides tanto de ellos  
que sin flores, gran bárbaro, me dejes».

La máxima es trillada,  
mas repetirse debe:  
si al pleno acierto aspiras,  
une la utilidad con el deleite.

## **Los dos tordos**

*No se han de apreciar los libros por su bulto ni su tamaño*

Persuadía un tordo abuelo,  
lleno de años y prudencia,  
a un tordo, su nietezuelo,  
mozo de poca experiencia,  
a que, acelerando el vuelo,  
viniese con preferencia  
hacia una poblada viña,  
e hiciese allí su rapiña.  
«¿Esa viña dónde está?  
-le pregunta el mozalbete-;  
¿y qué fruto es el que da?»  
«Hoy te espera un gran banquete  
-dice el viejo-. Ven acá;  
aprende a vivir, pobrete».  
Y no bien lo dijo, cuando  
las uvas le fue enseñando.  
Al verlas saltó el rapaz:  
«¿Y ésta es la fruta alabada  
de un pájaro tan sagaz?  
¡Qué chica! ¡Qué desmedrada!  
¡Ea, vaya! Es incapaz  
que eso pueda valer nada.  
Yo tengo fruta mayor  
en una huerta, y mejor».  
«Veamos -dijo el anciano-,  
aunque sé qué más valdrá  
de mis uvas sólo un grano».  
A la huerta llegan ya,  
y el joven exclama ufano:  
«¡Qué fruta! ¡Qué gorda está!  
¿No tiene excelente traza?»  
¿Y qué era? ¡Una calabaza!

Que un tordo en aqueste engaño  
caiga, no lo dificulto;  
pero es mucho más extraño  
que hombre tenido por culto  
aprecie por el tamaño  
los libros, y por el bulto.  
Grande es, si es buena, una obra;  
si es mala, toda ella sobra.

## **El fabricante de galones y la encajera**

*No basta que sea buena la materia de un escrito, es menester  
que también lo sea el modo de tratarla*

Cerca de una encajera  
vivía un fabricante de galones.  
«Vecina, ¡quién creyera  
-le dijo- que valiesen más doblones  
de tu encaje tres varas,  
que diez de un galón de oro de dos caras!»

«De que a tu mercancía  
-esto es lo que ella respondió al vecino-  
tanto exceda la mía,  
aunque en oro trabajas, y yo en lino,  
no debes admirarte,  
pues más que la materia vale el arte».

Quien desprecie el estilo  
y diga que a las cosas sólo atiende,  
advierta que si el hilo  
más que el noble metal caro se vende,  
también da la elegancia  
su principal valor a la sustancia.

## **El cazador y el hurón**

*A los que se aprovechan de las noticias de otros y tienen la  
ingratitude de no citarlos*

Cargado de conejos  
y muerto de calor,  
una tarde de lejos  
a su casa volvía un cazador.

Encontró en el camino,  
muy cerca del lugar,  
a un amigo y vecino,  
y su fortuna le empezó a contar:

«Me afané todo el día  
-le dijo-, pero ¿qué?,  
si mejor cacería  
no la he logrado ni la lograré.

Desde por la mañana  
es cierto que sufrí  
una buena solana,  
mas ¡mira qué gazapos traigo aquí!

Te digo y te repito,  
fuera de vanidad,  
que en todo este distrito  
no hay cazador de más habilidad».

Con el oído atento  
escuchaba un hurón  
este razonamiento  
desde el corcho en que tiene su mansión;

y el puntiagudo hocico  
sacando por la red,  
dijo a su amo: «Suplico  
dos palabritas, con perdón de usted.

Vaya, ¿cuál de nosotros  
fue el que más trabajó?  
Esos gazapos y otros  
¿quién se los ha cazado sino yo?

Patrón, ¿tan poco valgo  
que me tratan así?  
Me parece que en algo  
bien se pudiera hacer mención de mí».

Cualquiera pensaría  
que este aviso moral  
seguramente haría  
al cazador gran fuerza; pues no hay tal.

Se quedó tan sereno  
como ingrato escritor  
que del auxilio ajeno  
se aprovecha, y no cita al bienhechor.

## **El gallo, el cerdo y el cordero**

*Suelen ciertos autores sentar como principios infalibles del arte  
aquellos mismo que ellos practican*

Había en un corral un gallinero;  
en este gallinero un gallo había;  
y detrás del corral, en un chiquero,  
un marrano gordísimo yacía.  
Ítem más, se criaba allí un cordero,  
todos ellos en buena compañía;  
y ¿quién ignora que estos animales  
juntos suelen vivir en los corrales?

Pues (con perdón de ustedes) el cochino  
dijo un día al cordero: «¡Qué agradable,  
qué feliz, qué pacífico destino  
es el poder dormir! ¡Qué saludable!  
Yo te aseguro, como soy gorrino,  
que no hay en esta vida miserable  
gusto como tenderse a la bartola,  
roncar bien y dejar rodar la bola».

El gallo, por su parte, al tal cordero  
dijo en otra ocasión: «Mira, inocente,  
para estar sano, para andar ligero,  
es menester dormir muy parcamente.  
El madrugar, en julio u en febrero,  
con estrellas, es método prudente,  
porque el sueño entorpece los sentidos,  
deja los cuerpos flojos y abatidos».

Confuso, ambos dictámenes coteja  
el simple corderillo, y no adivina  
que lo que cada uno le aconseja  
no es más que aquello mismo a que se inclina.  
Acá entre los autores, ya es muy vieja  
la trampa de sentar como doctrina  
y gran regla, a la cual nos sujetamos,  
lo que en nuestros escritos practicamos.

## **El pedernal y el eslabón**

*La Naturaleza y el Arte han de ayudarse recíprocamente*

Al eslabón de crüel  
trató el pedernal un día,  
porque a menudo le hería  
para sacar chispas de él.  
Riñendo éste con aquél,  
al separarse los dos,  
«Quedaos -dijo- con Dios.  
¿Valéis vos algo sin mí?»  
Y el otro responde: «Sí,  
lo que sin mí valéis vos».

Este ejemplo material  
todo escritor considere,  
que el largo estudio no uniere  
al talento natural.

Ni da lumbre el pedernal  
sin auxilio de eslabón,  
ni hay buena disposición  
que luzca faltando el arte.  
Si obra cada cual aparte,  
ambos inútiles son.

## **El juez y el bandolero**

*La costumbre inveterada no debe autorizar lo que la razón  
condena*

Prendieron, por fortuna, a un bandolero,  
a tiempo, cabalmente,  
que de vida y dinero  
estaba despojando a un inocente.  
Hízole cargo el juez de su delito,  
y él respondió: «Señor, desde chiquito  
fui gato algo feliz en raterías;  
luego hebillas, relojes, capas, cajas,  
espadines robé, y otras alhajas;  
después, ya entrado en días,  
escalé casas; y hoy, entre asesinos,  
soy salteador famoso de caminos.  
Conque vueseñoría no se espante  
de que yo robe y mate a un caminante,  
porque este y otros daños  
los he estado yo haciendo cuarenta años».

¿Al bandolero culpan?  
Pues, por ventura, ¿dan mejor salida  
los que, cuando disculpan  
en las letras su error o su mal gusto,  
alegan la costumbre envejecida  
contra el dictamen racional y justo?

## **La criada y la escoba**

*Hay correctores de obras ajenas que añaden más errores de los  
que corrigen*

Cierta criada la casa barría  
con una escoba muy puerca y muy vieja.  
«Reniego yo de la escoba -decía-;  
con su basura y pedazos que deja  
por donde pasa,  
aun más ensucia que limpia la casa».

Los remendones que escritos ajenos  
corregir piensan, acaso de errores  
suelen dejarlos diez veces más llenos...  
Mas no haya miedo que de estos señores  
diga yo nada.  
¡Que se lo diga por mí la criada!

## **El naturalista y las lagartijas**

*A ciertos libros se les hace demasiado favor en criticarlos*

Vio en una huerta  
dos lagartijas  
cierto curioso  
naturalista.

Cógelas ambas,  
y a toda prisa  
quiere hacer de ellas  
anatomía.

Ya me ha pillado  
la más rolliza;  
miembro por miembro  
ya me la trincha.

El microscopio  
luego la aplica.

Patas y cola,  
pellejo y tripas,  
ojos y cuello,  
lomo y barriga:  
todo lo aparta  
y lo examina.

Toma la pluma,  
de nuevo mira,  
escribe un poco,  
recapacita.

Sus mamotretos  
después registra;  
vuelve a la propia  
carnicería.

Varios curiosos  
de su pandilla  
entran a verle.

Dales noticia  
de lo que observa:  
unos se admiran,  
otros preguntan,  
otros cavilan.

Finalizada

la anatomía,  
cansóse el sabio  
de lagartija.  
Soltó la otra,  
que estaba viva.  
Ella se vuelve  
a sus rendijas,  
en donde, hablando  
con sus vecinas,  
todo el suceso  
las participa.  
«No hay que dudarlo,  
no -las decía-;  
con estos ojos  
lo vi yo misma.  
Se ha estado el hombre  
todito un día  
mirando el cuerpo  
de nuestra amiga.  
¿Y hay quien nos trate  
de sabandijas?  
¿Cómo se sufre  
tal injusticia,  
cuando tenemos  
cosas tan dignas  
de contemplarse  
y andar escritas?  
No hay que abatirse,  
noble cuadrilla.  
¡Valemos mucho,  
por más que digan!»

¿Y querrán luego  
que no se engrían  
ciertos autores  
de obras inicuas?  
Los honra mucho  
quien los critica.  
No seriamente,  
muy por encima  
deben notarse  
sus fruslerías;  
que hacer gran caso  
de lagartijas,  
es dar motivo  
de que repitan:  
«¡Valemos mucho,  
por más que digan!»

## **La discordia de los relojes**

*Los que piensan que con citar una autoridad, buena o mala,  
quedan disculpados de cualquier yerro, no advierten que la  
verdad no puede ser más de una, aunque las opiniones sean  
muchas*

Convidados estaban a un banquete  
diferentes amigos, y uno de ellos,  
que, faltando a la hora señalada,  
llegó después de todos, pretendía  
disculpar su tardanza. «¿Qué disculpa  
nos podrás alegar?» -le replicaron-.  
Él sacó su reloj, mostróle y dijo:  
«¿No ven ustedes cómo vengo a tiempo?  
Las dos en punto son». «¡Qué disparate!  
-le respondieron-, tu reloj atrasa  
más de tres cuartos de hora». «Pero, amigos  
-exclamaba el tardío convidado-,  
¿qué más puedo yo hacer que dar el texto?  
Aquí está mi reloj...» Note el curioso

que era este señor mío como algunos  
que un absurdo cometen y se escusan  
con la primera autoridad que encuentran.  
Pues, como iba diciendo de mi cuento,  
todos los circunstantes empezaron  
a sacar sus relojes en apoyo  
de la verdad. Entonces, advirtieron  
que uno tenía el cuarto, otro la media,  
otro las dos y veinte y seis minutos,  
éste catorce más, aquél diez menos.  
No hubo dos que conformes estuvieran.  
En fin, todo era dudas y cuestiones.  
Pero a la Astronomía cabalmente  
era el amo de casa aficionado;  
y consultando luego su infalible,  
arreglado a una exacta meridiana,  
halló que eran las tres y dos minutos,  
con lo cual puso fin a la contienda,  
y concluyó diciendo: «Caballeros:  
si contra la verdad piensan que vale  
citar autoridades y opiniones,  
para todo las hay; mas, por fortuna,  
ellas pueden ser muchas, y ella es una».

## **El topo y otros animales**

*Nadie confiesa su ignorancia, por más patente que ella sea*

Ciertos animalitos,  
todos de cuatro pies,  
a la gallina ciega  
jugaban una vez.

Un perrillo, una zorra  
y un ratón, que son tres;  
una ardilla, una liebre  
y un mono, que son seis.

Éste a todos vendaba  
los ojos, como que es  
el que mejor se sabe  
de las manos valer.

Oyó un topo la bulla  
y dijo: «Pues, ¡pardiez!,  
que voy allá, y en rueda  
me he de meter también».

Pidió que le admitiesen,  
y el mono, muy cortés,  
se lo otorgó (sin duda  
para hacer burla de él).

El topo a cada paso  
daba veinte trapiés,  
porque tiene los ojos  
cubiertos de una piel.

Y a la primera vuelta,  
como era de creer,  
facilísimamente  
pillan a su merced.

De ser gallina ciega  
le tocaba la vez;  
y ¿quién mejor podía  
hacer este papel?

Pero él, con disimulo,  
por el bien parecer,  
dijo al mono: «¿Qué hacemos?  
Vaya, ¿me venda usted?»

Si el que es ciego y lo sabe  
aparenta que ve,  
quien sabe que es idiota,  
¿confesará que lo es?

## **El volatín y su maestro**

*En ninguna facultad puede adelantar el que no se sujeta a principios*

Mientras de un volatín bastante diestro  
un principiante mozalbillo toma  
lecciones de bailar en la maroma,  
le dice: «Vea usted, señor maestro,  
cuánto me estorba y cansa este gran palo  
que llamamos chorizo o contrapeso;  
cargar con un garrote largo y grueso  
es lo que en nuestro oficio hallo yo malo.

¿A qué fin quiere usted que me sujete,  
si no me faltan fuerzas ni soltura?  
Por ejemplo, este paso, esta postura,  
¿no la haré yo mejor sin el zoquete?

Tenga usted cuenta... No es difícil... Nada...»  
Así decía; y suelta el contrapeso.  
El equilibrio pierde... ¡Adiós! ¿Qué es eso?  
¿Qué ha de ser? Una buena costalada.

«¡Lo que es auxilio juzgas embarazo,  
incauto joven! -el maestro dijo-.  
¿Huyes del arte y método? Pues, hijo,  
no ha de ser éste el último porrazo».

## **El sapo y el mochuelo**

*Hay pocos que den sus obras a luz con aquella desconfianza y  
temor que debe tener todo escritor sensato*

Escondido en el tronco de un árbol  
estaba un mochuelo,  
y pasando no lejos un sapo,  
le vio medio cuerpo.

«¡Ah de arriba, señor solitario!  
-dijo el tal escuerzo-.

Saque usted la cabeza y veamos  
si es bonito o feo».

«No presumo de mozo gallardo  
-respondió el de adentro-,  
y aun por eso a salir a lo claro  
apenas me atrevo!;  
pero usted, que de día su garbo  
nos viene luciendo,  
¿no estuviera mejor agachado  
en otro agujero?»

¡Oh, qué pocos autores tomamos  
este buen consejo!  
Siempre damos a luz, aunque malo,  
cuanto componemos,  
y tal vez fuera bien sepultarlo.  
Pero ¡ay, compañeros!,  
más queremos ser públicos sapos  
que ocultos mochuelos.

## **El burro del aceitero**

*A los que juntan muchos libros y ninguno leen*

En cierta ocasión un cuero  
lleno de aceite llevaba  
un borrico, que ayudaba  
en su oficio a un aceitero.

A paso un poco ligero,  
de noche en su cuadra entraba,  
y de una puerta en la aldaba  
se dio el golpazo más fiero.

«¡Ay! -clamó-, ¿no es cosa dura  
que tanto aceite acarree  
y tenga la cuadra obscura?»

Me temo que se mosquee  
de este cuento quien procura  
juntar libros que no lee.

¿Se mosquea? Bien está;  
pero este tal, ¿por ventura  
mis fábulas leerá?

## **La contienda de los mosquitos**

*Es igualmente injusta la preocupación exclusiva a favor de la  
literatura antigua o a favor de la moderna*

Diabólica refriega,  
dentro de una bodega,  
se trabó entre infinitos  
bebedores mosquitos.  
(Pero extraño una cosa:  
que el buen Villaviciosa  
no hiciese en su Mosquea  
mención de esta pelea).  
Era el caso que muchos,  
expertos y machuchos,  
con tesón defendían  
que ya no se cogían  
aquellos vinos puros,  
generosos, maduros,  
gustosos y fragantes  
que se cogían antes.  
En sentir de otros varios,  
a esta opinión contrarios,  
los vinos excelentes  
eran los más recientes,  
y del opuesto bando  
se burlaban, culpando  
tales ponderaciones  
como declamaciones  
de apasionados jueces  
amigos de vejece.  
Al agudo zumbido  
de uno y otro partido  
se hundía la bodega,  
cuando héteme que llega  
un anciano mosquito,  
catador muy perito,  
y dice, echando un taco:  
«¡Por vida del dios Baco!...  
-entre ellos ya se sabe  
que es juramento grave-,  
donde yo estoy, ninguno

dará más oportuno  
ni más fundado voto;  
cese ya el alboroto.  
A fe de buen navarro,  
que en tonel, bota o jarro,  
barril, tinaja o cuba,  
el jugo de la uva  
difícilmente evita  
mi cumplida visita;  
y en esto de catarle,  
distinguirle y juzgarle,  
puedo poner escuela  
de Jerez a Tudela,  
de Málaga a Peralta,  
de Canarias a Malta,  
de Oporto a Valdepeñas.  
Sabed, por estas señas,  
que es un gran desatino  
pensar que todo vino  
que desde su cosecha  
cuenta larga la fecha,  
fue siempre aventajado.  
Con el tiempo ha ganado  
en bondad, no lo niego;  
pero si él, desde luego,  
mal vino hubiera sido,  
ya se hubiera torcido;  
y al fin, también había,  
lo mismo que en el día,  
en los siglos pasados  
vinos avinagrados.  
Al contrario, yo pruebo  
a veces vino nuevo,  
que apostarlas pudiera  
al mejor de otra era;  
y si muchos agostos  
pasan por ciertos mostos

de los que hoy se reprueban,  
puede ser que los beban  
por vinos exquisitos  
los futuros mosquitos.  
Basta ya de pendencia;  
y por final sentencia,  
el mal vino condeno;  
le chupo cuando es bueno,  
y jamás averiguo  
si es moderno u antiguo».

Mil doctos importunos  
(por lo antiguo los unos,  
otros por lo moderno)  
sigan litigio eterno;  
mi texto favorito  
será siempre el mosquito.

## **La rana y la gallina**

*Al que trabaja algo, puede disimularse que lo pregone; el que  
nada hace, debe callar*

Desde su charco, una parlera rana  
oyó cacarear a una gallina.  
«¡Vaya! -le dijo-; no creyera, hermana,  
que fueras tan incómoda vecina.  
Y con toda esa bulla, ¿qué hay de nuevo?»  
«Nada, sino anunciar que pongo un huevo».

«¿Un huevo sólo? ¡Y alborotas tanto!»  
«Un huevo sólo, sí, señora mía.  
¿Te espantas de eso, cuando no me espanto  
de oírte cómo graznas noche y día?  
Yo, porque sirvo de algo, lo publico;  
tú, que de nada sirves, calla el pico».

## **El escarabajo**

*Lo delicado y ameno de las buenas letras no agrada a los que se entregan al estudio de una erudición pesada y de mal gusto*

Tengo para una fábula un asunto  
que pudiera muy bien...., pero algún día  
suele no estar la musa muy en punto.

Esto es lo que hoy me pasa con la mía;  
y regalo el asunto a quien tuviere  
más despierta que yo la fantasía,

porque esto de hacer fábulas requiere  
que se oculte en los versos el trabajo,  
lo cual no sale siempre que uno quiere.

Será, pues, un pequeño escarabajo  
el héroe de la fábula dichosa,  
porque conviene un héroe vil y bajo.

De este insecto refieren una cosa:  
que, comiendo cualquiera porquería,  
nunca pica las hojas de la rosa.

Aquí el autor, con toda su energía,  
irá explicando como Dios le ayude  
aquella extraordinaria antipatía.

La mollera es preciso que le sude  
para insertar después una advertencia  
con que entendamos a lo que esto alude;

y, según le dictare su prudencia,  
echará circunloquios y primores,  
con tal que diga en la final sentencia

que, así como la reina de las flores  
al sucio escarabajo desagrada,  
así también a góticos doctores  
toda invención amena y delicada.

## **El ricote erudito**

*Descubrimiento útil para los que fundan su ciencia únicamente  
en saber muchos títulos de libros*

Hubo un rico en Madrid (y aun dicen que era  
más necio que rico)  
cuya casa magnífica adornaban  
muebles exquisitos.

«¡Lástima que en vivienda tan preciosa  
-le dijo un amigo-  
falte una librería, bello adorno,  
útil y preciso!»

«Cierto -responde el otro-. ¡Que esa idea  
no me haya ocurrido!...  
A tiempo estamos: el salón del norte  
a este fin destino.

¡Que venga el ebanista y haga estantes  
capaces, pulidos,  
a toda costa! Luego trataremos  
de comprar los libros.

Ya tenemos estantes. Pues ahora  
-el buen hombre dijo-  
¡echarme yo a buscar doce mil tomos!  
¡No es mal ejercicio!

Perderé la chaveta, saldrán caros,  
y es obra de un siglo...  
Pero ¿no era mejor ponerlos todos  
de cartón fingidos?

Ya se ve: ¿por qué no? Para estos casos  
tengo un pintorcillo  
que escriba buenos rótulos e imite  
pasta y pergamino.

¡Manos a la labor!» Libros curiosos,  
modernos y antiguos,  
mandó pintar y, a más de los impresos,  
varios manuscritos.

El bendito señor repasó tanto  
sus tomos postizos  
que, aprendiendo los rótulos de muchos,  
se creyó erudito.

Pues ¿qué más quieren los que sólo estudian  
títulos de libros,  
si con fingirlos de cartón pintado  
les sirven lo mismo?

## **La víbora y la sanguijuela**

*No confundamos la buena crítica con la mala*

«Aunque las dos picamos -dijo un día  
la víbora a la simple sanguijuela-,  
de tu boca reparo que se fía  
el hombre, y de la mía se recela».

La chupona responde: «Ya, querida;  
mas no picamos de la misma suerte:  
yo, si pico a un enfermo, le doy vida;  
tú, picando al más sano, le das muerte».

Vaya ahora de paso una advertencia:  
muchos censuran, sí, lector benigno;  
pero a fe que hay bastante diferencia  
de un censor útil a un censor maligno.

[Nota: Las últimas nueve fábulas no fueron publicadas en vida del autor. Los textos han sido consultados en la edición de Leopoldo Augusto Cueto, Poetas líricos del siglo XVIII, BAE LXIII, pp. 21-23.]

## **El ricacho metido a arquitecto**

*Los que mezclan voces anticuadas con las de buen uso, para  
acreditarse de escribir bien el idioma, le escriben mal y se hacen  
ridículos*

Cierto ricacho, labrando una casa

de arquitectura moderna y mezquina,  
desenterró de una antigua ruina  
ya un capitel, ya un fragmento de basa,  
aquí un adorno y allá una cornisa,  
media pilastra y alguna repisa.  
Oyó decir que eran restos preciosos  
de la grandeza y del gusto romano,  
y que arquitectos de juicio muy sano  
con imitarlos se hacían famosos.  
Para adornar su infeliz edificio,  
en él a trechos los fue repartiendo.  
¡Lindo pegote! ¡Gracioso remiendo!  
Todos se ríen del tal frontispicio,  
menos un quídam que tiene unos dejos  
como de docto, y es tal su manía,  
que desentierra vocablos añejos  
para amasarlos con otros del día.

## **El médico, el enfermo y la enfermedad**

*Lo que en medicina parece ciencia y acierto, suele ser efecto de  
pura casualidad*

Batalla el enfermo  
con la enfermedad,  
él por no morir  
y ella por matar.  
Su vigor apuran  
a cuál puede más,  
sin haber certeza  
de quién vencerá.  
Un corto de vista  
en extremo tal  
que apenas los bultos  
puede divisar,  
con un palo quiere  
ponerlos en paz:  
garrotazo viene,  
garrotazo va.  
Si tal vez sacude  
a la enfermedad,  
se acredita el ciego  
de lince sagaz;  
mas si, por desgracia,  
al enfermo da,  
el ciego no es menos  
que un topo brutal.  
¿Quién sabe cuál fuera  
más temeridad:  
dejarlos matarse  
o ir a meter paz?  
  
Antes que te dejes  
sangrar o purgar,  
ésta es fabulilla  
muy medicinal.

## **El canario y el grajo**

***El que para desacreditar a otro recurre a medios injustos, suele  
desacreditarse a sí propio***

Hubo un canario que, habiéndose esmerado en adelantar en su canto, logró divertir con él a varios aficionados, y empezó a tener aplauso. Un ruiseñor extranjero, generalmente acreditado, hizo particulares elogios de él, animándole con su aprobación.

Lo que el canario ganó, así con este favorable voto como con lo que procuró estudiar para hacerse digno de él, excitó la envidia de algunos pájaros. Entre éstos, había unos que también cantaban, bien o mal, y justamente por ello le perseguían. Otros nada cantaban, y por lo mismo le cobraron odio. Al fin, un grajo, que no podía lucir por sí, quiso hacerse famoso con empezar a chillar públicamente entre las aves contra el canario. No acertó a decir en qué cosa era defectuoso su canto; pero le pareció que, para desacreditarle, bastaba ridiculizarle el color de la pluma, la tierra en que había nacido, etc., acusándole sin pruebas de cosas que nada tenían que ver con lo bueno o malo de su canto. Hubo algunos pájaros de mala intención, que aprobaron y siguieron lo que dijo el grajo.

Empeñóse éste en demostrar a todos que el que habían tenido hasta entonces por un canario diestro en el canto, no era sino un borrico, y que lo que en él había pasado por verdadera música, era en la realidad un continuado rebuzno. «¡Cosa rara! -decían algunos-: el canario rebuzna; el canario es un borrico». Extendióse entre los animales la fama de tan nueva maravilla, y vinieron a ver cómo un canario se había vuelto burro.

El canario, aburrido, no quería ya cantar; hasta que el águila, reina de las aves, le mandó que cantase, para ver si, en efecto, rebuznaba o no; porque, si acaso era verdad que rebuznaba, quería excluirle del número de sus vasallos los pájaros. Abrió el pico el canario, y cantó a gusto de la mayor parte de los circunstantes. Entonces el águila, indignada de la calumnia que había levantado el grajo, suplicó a su señor, el dios Júpiter, que le castigase. Condescendió el dios, y dijo al águila que mandase cantar al grajo. Pero cuando éste quiso echar la voz, empezó por soberana permisión a rebuznar horrorosamente. Rieronse todos los animales y dijeron: «Con razón se ha vuelto asno el que quiso hacer asno al canario».

## **El guacamayo y el topo**

*Por lo general, pocas veces aprueban los autores las obras de los otros por buenas que sean; pero lo hacen los inteligentes que no escriben*

Mirándose al soslayo  
las alas y la cola un guacamayo  
presumido, exclamó: «¡Por vida mía,  
que aun el topo, con todo que es un ciego,  
negar que soy hermoso no podría!»  
Oyólo el topo y dijo: «No lo niego;  
pero otros guacamayos por ventura  
no te concederán esa hermosura».

El favorable juicio  
se ha de esperar más bien de un hombre lego,  
que de un hombre capaz, si es del oficio.

## **El canario y otros animales**

*Hay muchas obras excelentes que se miran con la mayor indiferencia*

De su jaula un día  
se escapó un canario  
que fama tenía  
por su canto vario.  
«¡Con qué regocijo  
me andaré viajando  
y haré alarde -dijo-  
de mi acento blando!»  
Vuela con soltura  
por bosques y prados,  
y el caudal apura  
de dulces trinados.  
Mas ¡ay!, aunque invente  
el más suave paso,  
no encuentra viviente  
que de él haga caso.  
Una mariposa  
le dice burlando:  
«Yo de rosa en rosa  
dando vueltas ando.  
Serás ciertamente  
un músico tracio;  
pero busca oyente  
que esté más despacio».  
«Voy -dijo la hormiga-  
a buscar mi grano;  
mas usted prosiga,  
cantor soberano».  
La raposa añade:  
«Celebro que el canto  
a todos agrade;  
pero yo entretanto  
(esto es lo primero)  
me voy acercando  
hacia un gallinero  
que me está esperando».  
«Yo -dijo un palomo-

ando enamorado,  
y así el vuelo tomo  
hasta aquel tejado.  
A mi palomita  
es ya necesario  
hacer mi visita;  
perdone el canario».   
Gorjeando estuvo  
el músico grato,  
mas apenas hubo  
quien le oyese un rato.

¡A cuántos autores  
sucede otro tanto!

## **El mono y el elefante**

*Muchos autores celebran solamente sus propias obras y las de  
sus amigos o condiscípulos*

A un congreso de varios animales  
con toda seriedad el mono expuso  
que, a imitación del uso  
establecido entre hombres racionales,  
era vergüenza no tener historia  
que, al referir su origen y sus hechos,  
instruirles pudiese y darles gloria.  
Quedando satisfechos  
de la propuesta idea,  
el mono se encargó de la tarea,  
y el rey león, en pleno consistorio,  
mandó se le asistiese puntualmente  
con una asignación correspondiente,  
además de los gastos de escritorio.  
Pide al ganso una pluma  
el nuevo autor; emprende su faena,  
y desde luego en escribir se estrena  
una histórica suma,

que sólo contenía los anales  
suyos y de los monos compañeros;  
mas, pasando después años enteros,  
nada habló de los otros animales,  
que esperaron en vano  
volver a ver más letra de su mano.  
El elefante, como sabio, un día  
por tan grave omisión cargos le hacía,  
y respondióle el mono: «No te espantes,  
pues aun en esto a muchos hombres copio.  
Obras prometo al público importantes,  
y al fin no escribo más que de mí propio».

## **El río Tajo, una fuente y un arroyo**

*Los escritores sensatos, aunque se digan desatinos de sus obras,  
continúan trabajando*

«En tu presencia, venerable río  
-al Tajo de este modo habló una fuente-,  
de un poeta me quejo amargamente,  
porque ha dicho (y no hay tal) que yo me río».  
Un arroyo añadió: «Sí, padre mío;  
es una furia lo que ese hombre miente.  
Yo voy a mi camino, no censuro,  
y con todo se empeña en que murmuro».  
Dicen que el Tajo luego  
así les respondió con gran sosiego:  
«¿No tengo yo también oro en mi arena?  
Pues ¡qué! ¿De los poetas os espantan  
los falsos testimonios? No os dé pena:  
¡mayores entre sí se los levantan!  
Reíd y murmurad enhorabuena».

## **El caracol y los galápagos**

*Aunque se reúnan varios sujetos para escribir una obra, si  
carecen de ciencia, tan despreciable saldrá como si la hubiese  
escrito un ignorante solo*

Aunque no es bueno el todo  
si no lo son las partes,  
y vale poco el cuerpo  
en que cada individuo poco vale,  
muchos que obras no estiman  
de los particulares,  
si éstos las hacen juntos,  
con respeto los miran al instante.  
Un caracol terrestre,  
al caer de la tarde,  
salió a tomar el fresco,  
y a un galápago vio que iba de viaje.  
«No se apresure, hermano»,  
le dijo por burlarse  
del paso que llevaba,  
añadiendo otras pullas bien picantes.  
Diez galápagos juntos  
topó más adelante,  
que de un pequeño charco  
pasaban a buscar otro más grande.  
Y el caracol entonces  
a cuadrilla tan grave  
dejó libre el camino,  
diciendo únicamente: «Ustedes pasen».  
Al galápago solo  
tuvo por despreciable,  
pero a los diez unidos  
tuvo como a personas de carácter.

## **La verruga, el lobanillo y la corcova**

*De las obras de un mal poeta, la más reducida es la menos  
perjudicial*

Cierto poeta  
que, por oficio,  
era de aquellos  
cuyos caprichos  
antes que puedan  
ponerse en limpio  
ya en los teatros  
son aplaudidos,  
trágicos dramas,  
comedias hizo,  
varios sainetes  
de igual estilo.  
Aunque pagado  
de sus escritos,  
pidió, no obstante,  
a un docto amigo  
que le dijera  
sin artificio  
cuál de su aprecio  
era más digno.  
Él le responde:  
«Yo más me inclino  
a los sainetes».  
«¿Por qué motivo?»  
«Tenga paciencia,  
voy a decirlo...  
Óigame un cuento  
nada prolijo:  
Una verruga,  
un lobanillo  
y una corcova  
(¡miren qué trío!)  
diz que tenían  
cierto litigio  
sobre cuál de ellos  
era más lindo.  
Doña joroba,

por lo crecido,  
la primacía  
llevarse quiso.  
Quiso, porque era  
don lobanillo  
proporcionado,  
ser más pulido.  
Mas la verruga  
pidió lo mismo,  
porque su gracia  
funda en lo chico.  
Esta contienda  
oyó un perito;  
diole gran risa,  
y al punto dijo:  
'¡Vaya, verruga,  
que hablas con juicio!  
Sois todos tres, a la verdad, tan buenos,  
que bien puedes decir: Del mal, el menos'».

**¡Gracias por leer este libro de  
[www.elejandria.com](http://www.elejandria.com)!**

**Descubre nuestra colección de obras de dominio  
público en castellano en nuestra web**